

ANTES Y DESPUÉS DE LOS HAITISES

Conocida como la lucha de Los Haitises esta movilización marcó un antes y un después de las protestas sociales en República Dominicana, país con aproximadamente 10 millones de habitantes que comparte con Haití la segunda isla más grande del Caribe. Un antes porque marcó una referencia de protesta social de nuevo tipo con un movimiento, desconocido hasta entonces, que atrajo la atención de los ojos del país, y un después porque su potencia social logró doblar el poderoso brazo de quienes intentaron aquel crimen contra la naturaleza, teniendo los empresarios y el gobierno que retirar su proyecto.

Alfonso Torres

alfonsotorres68@gmail.com

Ingeniero agrónomo y periodista. Ha publicado numerosos artículos y reportajes sobre sociedad, política y comunicación en periódicos y revistas especializadas. Fue reportero y editor de economía de los periódicos *Listín Diario* y *El Caribe*. Actualmente trabaja en el diario digital *7días.com.do*.

A Tania Hernández le corre la rebeldía entre sus venas. Con apenas 21 años su voz parece remontar los muros ideológicos derribados por el tiempo. Mujer de instintos razonados que ha hecho de las protestas sociales el centro de su existencia.

Ella lo cuenta con naturalidad y al hacerlo sus palabras van tejiendo una narrativa que invita a la reconfiguración de la esperanza en un mundo devastado por la razón instrumental. “Involucrarme en las protestas –dice– me ha convertido en otra persona. Yo estaba muy defraudada de cómo son las cosas en mi país, sentía poco orgullo de ser dominicana por ver que a nadie le importaba la situación de los demás”.

Su pasividad quedó atrás cuando se dejó tocar por el bullir de la calle, donde encontró los códigos de una generación de muchachas y muchachos que al igual que ella escogieron el camino de enfrentarse al poder.

La primera protesta en la que Tania se involucró de cuerpo entero sucedió a mediados del 2009 cuando decenas de jóvenes instalaron un campamento en el Parque Nacional Los Haitises en oposición a la construcción en sus alrededores de una fábrica de cemento en desconocimiento de la ley 64-00 de medio ambiente y recursos naturales.

Antes y después

Conocida como la lucha de Los Haitises esta movilización marcó un antes y un después de las protestas sociales en República Dominicana, país con aproximadamente 10 millones de habitantes que comparte con Haití la segunda isla más grande del Caribe.

Un antes porque marcó una referencia de protesta social de nuevo tipo con un movimiento, desconocido hasta entonces, que atrajo la atención de los ojos del país, y un después porque su potencia social logró doblar el poderoso brazo de quienes intentaron aquel crimen contra la naturaleza, teniendo los empresarios y el gobierno que retirar su proyecto.

En marzo de 2009 el Movimiento Campesino Comunidades Unidas (MCCU) dio la voz de alerta de que el gobierno le había aprobado a un consorcio privado la construcción en Gonzalo, comunidad rural situada en las proximidades del parque 70 kilómetros al noreste de la capital dominicana, de una fábrica de cemento, pese a que sus habitantes venían luchando por aquellas tierras desde que fueron desalojados en la década de los setenta cuando la reserva fue declarada área protegida.

El MCCU puso en conocimiento del país lo que allí se tramaba. Los movimientos juveniles, surgidos con la entrada del nuevo siglo, encontraron en el conflicto el alimento que detonó sus energías.

La Revuelta, Toy Jarto, Felabel, Juventud Caribe, Revolución 65, entre otros grupos de jóvenes rebeldes, instalaron próximo al lugar donde se levantaba la cementera un campamento de solidaridad con los campesinos de Los Haitises con el propósito de romper el cerco mediático con el que el poder pretendía encubrir el ecocidio.

El campamento juvenil inauguró una nueva forma de protesta social protagonizada por jóvenes de clase media, quienes sirvieron de inspiración para despertar las energías de viejos movimientos sociales cuyas referencias de lucha dormitaban en el siglo anterior.

El campamento concitó la atención de variados sectores sociales. Un artículo periodístico lo relató así: “Guitarras en manos acamparon un día de mayo en Gonzalo. Esos jóvenes se hartaron de las mentiras y de la doble moral de una sociedad adulto céntrica. Desmienten con sus cuerpos el socorrido mito de que la juventud ‘no ta de na’. El campamento de Gonzalo ha sido una campanada, una acción efervescente, un grito, una esperanza de mucho juego por jugar”.

La crónica publicada en mayo de 2009 decía que “(...) Con códigos cifrados los movimientos juveniles contemporáneos practican nuevas formas de movilización social, otras estrategias para enfrentar los desmanes de quienes en nombre del progreso conducen el país al pasado. Con poemas y rap son portadores de una nueva sensibilidad que perturba las agendas de los ultraconservadores enquistados en el Estado”.

Agregaba que “(...) Tejen formas novedosas de luchar por el país, despiertan admiración de multitudes y desatan una avalancha de movilizaciones que se extiende por todos los rincones. La costosa estrategia de los dueños de la pretendida cementera es apocada y echada a tierra por la voluntad y la fortaleza de espíritu de los movimientos juveniles que se han tomado en serio el llamado de proteger los recursos naturales frente a la codicia y la razón instrumental”.

“Los símbolos son frescos, los rostros soñadores, la energía desbordante. De nuevo la juventud, la misma que en todas las épocas ha cuestionado el poder en sus raíces. La que en el 68 regó de ilusiones y de sueños países y continentes. La que tomó las calles para cambiar el sentido de la historia en un mayo de París y Tlatelolco, de Praga y Nueva York”.

Elizabeth Mateo, 25 años, como Tania, es otra joven con una intensa experiencia en movimientos de protesta. Presidenta del movimiento juvenil Toy Jarto, vivió la experiencia del campamento y ahora proyecta su narrativa.

A la pregunta de cómo pueden interpretarse las protestas sociales en el contexto político dominicano Elizabeth responde: “Actualmente las protestas sociales son reclamos de derechos ya establecidos, derechos adquiridos en luchas anteriores que ahora deben consolidarse. Hoy ya no se trata de reclamar los derechos, sino de probar que los mecanismos de exigencia y de presión social funcionan”.

“No nos quedamos callados –exclama– utilizamos la fuerza de nuestras voces como un método de control ciudadano al poder de quienes dirigen el país. Se trata de romper las relaciones actuales de poder, de conquistar el poder ciudadano y redistribuirlo”.

Para Elizabeth, promotora de marchas y de piquetes a favor de los derechos humanos, “ya no tenemos revoluciones armadas, vamos avanzando como sociedad en el modo de exigir, y es que, comparado con el pasado, son contextos políticos distintos, estamos en la era de la información, donde las redes sociales y la Internet nos permiten llegar a millones de personas, y aunque casi siempre se nos presentan bloqueos, ya no es como antes, cuando la información era manejada por los que poseían el poder mediático, fáctico, político o económico, hoy podemos manejar información gracias a esas herramientas”.

Con naturalidad la líder juvenil agrega que “la época nos demanda una revolución de ideas, de pensamiento, de comportamiento y de protestas conceptuales. Utilizamos el blog, convocamos por facebook, twitter, youtube como herramientas para la acción y la incidencia política sin daños a terceros”.

Según Elizabeth la sociedad ofrece un espacio donde “podemos expresarnos aún con cierto constreñimiento, con pacifismo, con la moda urbana y la creatividad para llegar a las mentes de quienes tienen en sus manos las decisiones. El reto que tenemos por delante es lograr una mayor integración ciudadana, que la gente comprenda que tenemos que exigir los derechos de todos y de todas”.

Sus vivencias al frente de Toy Jarto le permiten criticar los métodos de los movimientos sociales de décadas pasadas. “Muchos movimientos sociales en el pasado se convirtieron en correa de transmisión de ciertos partidos políticos, y eso generó mucha desconfianza, yo creo que los movimientos sociales deben ser autónomos, independientes de los partidos”, argumenta al señalar que las protestas sociales han sido la base del reconocimiento de los derechos.

Las ideas de Elizabeth fluyen sin parar: “Las luchas de los trabajadores, la equidad de género, el voto de la mujer, el derecho a la libre expresión, a la asociación fueron batallas que aportaron enormemente al sistema democrático. El disenso es parte fundamental de la democracia, debemos aprender a no estar de acuerdo, a exigir, a ser críticos, es la vía para el cambio social”.

Mecha encendida

Aunque la lucha de Los Haitises ocupa un lugar cimero entre los movimientos de protestas que se han desarrollado durante los últimos años, República Dominicana cuenta con una larga tradición de lucha desde los primeros albores de su tardía

modernidad. Desde la tiranía de Rafael Molina Trujillo, quien gobernó el país con mano de hierro durante 30 largos años, los movimientos de trabajadores, de campesinos y de estudiantes abonaron con sangre las fábricas, los campos y las calles en demanda de libertad y de justicia.

Como en toda América Latina obreros, campesinos y estudiantes protagonizaron marchas, ocupaciones, mítines, huelgas, paralizaciones y enfrentamientos que se prolongaron hasta entrados los años ochenta. Con la apertura “democrática” en 1978 y la puesta en marcha de las políticas neoliberales a principios de los ochenta, los viejos sujetos sociales homogéneos dieron paso a una diversidad de actores que, según la socióloga Laura Faxas, en su ensayo “El mito roto”, daban cuenta de una sociedad que le abría sus puertas a un modelo social y económico caracterizado por la fragmentación del lazo social y la emergencia de un mundo urbano, lo que dio lugar al surgimiento de nuevos actores populares organizados en los barrios de las grandes ciudades y cuyas demandas se centraron, principalmente, en servicios sociales.

En abril de 1984 se produjeron protestas sociales violentas en todo el país. Los pobladores barriales se lanzaron a las calles contra el alza de los precios de los alimentos, dando pie a una masacre de más de 200 muertos y más de 800 heridos y encarcelados, según reportes periodísticos de la época. Más tarde, al comenzar la década de los 90, se escenificaron varias huelgas nacionales y regionales, decenas de marchas y mítines multitudinarios contra las políticas fondo monetaristas y por el derecho a la vida. Entre tanto, irrumpieron en la vida pública significativos grupos de mujeres que irradiaron la perspectiva de género, hasta ese momento confinada al debate entre intelectuales y entidades de educación popular, que sembraron la semilla de movimientos de mujeres que de algún modo sacudieron las estructuras sociales del viejo régimen patriarcal.

De esta manera fue diferenciándose un sujeto urbano popular heterogéneo, descrito en sus detalles en el texto de Faxas. A partir de entonces ocuparía el epicentro de las protestas sociales. Al mismo tiempo los sindicatos de trabajadores y las organizaciones campesinas perdían capacidad de convocatoria, se agrietaban; terminando, en su mayoría, integrados al status quo mediante procesos de diálogos tripartitos derivados de la nueva política del consenso de Washington. Los movimientos estudiantiles, por su lado, desconfiados de la nueva política de “concertación”, en la que entraron los sindicatos y buena parte de las organizaciones denominadas “no gubernamentales”, que controlaban variados contingentes de grupos populares y de mujeres dados a la protesta, terminaron con el siglo 20 reducidos a minúsculos grupos de jóvenes universitarios con escasa capacidad de convocatoria.

Aún así persisten en todo el territorio cientos de organizaciones sociales y populares que mantienen su mecha encendida, ofreciendo un *collage* de memoria y presente, un mapa poco recorrido por los estudiosos dominicanos de las ciencias humanas de principios de siglo.

Uno de los pocos activistas que se han aventurado a investigar y sistematizar las protestas y los movimientos sociales de la actualidad es Luis Salazar. En un informe del 2009, Salazar establece que “por las características de las fuentes, el registro de las informaciones es incompleto ya que la prensa no reseña la totalidad de los procesos de lucha social. Sin embargo, estos registros indican algunas de las tendencias de los movimientos sociales”.

Partiendo de lo anterior, Salazar refiere que durante el año 2009 se dieron 374 conflictos sociales, muy por encima de los registros de los últimos cuatro años. El promedio de luchas por mes fue de una por día. El aumento anual de la conflictividad social, siguiendo a Salazar, plantea la interrogante de si se está o no en presencia de un fenómeno nuevo.

“Salvo en el caso de la lucha exitosa contra la instalación de una cementera en Los Haitises –indica– la mayoría de los procesos de lucha social reiteran un carácter espontáneo, disperso y puntual”.

Su informe revela que en cuanto a la distribución espacial de las protestas, la Región Norte queda en primer lugar con 154 registros de acciones reivindicativas, un 41.2% del total; le siguen el Distrito Nacional y la provincia Santo Domingo con 143 (38.2 %); Región Suroeste con 57 (15.2 %), y Región Sureste con 13 (3.5 %).

El balance desde el 2006 hasta el 2009, expone Salazar, arroja la conclusión de que es en la Región Norte donde se produce la mayor cantidad de procesos de luchas populares, seguida de la capital dominicana. Estas son las regiones de mayor concentración poblacional y económica del país.

Los momentos de mayor auge de las protestas ocurrieron durante los meses de marzo, junio, y agosto de 2009, con 47 registros cada uno; es decir, más de un caso por día.

Motivos sectoriales

Los actores que tienen como escenario el territorio son los que ocupan la primacía en los procesos de lucha social. Los datos de los últimos cuatro años recogidos por Salazar dan cuenta de ello. Para el 2009 los esfuerzos coordinados multisectoriales a nivel local ocuparon el primer lugar con 127 registros de protestas; continúan las organizaciones de pobladores (109), los jóvenes y/o estudiantes (26), y los transportistas y trabajadores/as de la salud (24 cada uno).

Según el investigador, el sector que le aportó mayor creatividad y empuje a las protestas sociales del 2009 fue el de la juventud, dada su participación en el proceso de lucha de Los Haitises, lo cual significa que no siempre los que tienen más registros son los que más aportan, ni los que más éxitos tienen.

La primacía de lo territorial se expresa, también, en el predominio de los métodos de lucha utilizados. El registro destaca que las marchas locales predominaron en el 2009 con 224 registros, luego vigiliias y piquetes (91), bloqueos de caminos, calles y carreteras (68) y paros barriales (66).

Las huelgas o paralizaciones en el lugar de trabajo sólo son realizadas por sectores con mayores niveles de organización (médicos, enfermeras y maestros/as). “Hay que aclarar –expresa Salazar– que cada proceso de lucha es una combinación de varios métodos; por ejemplo, una marcha puede concluir en una vigilia o piquete ante una institución pública; o un paro barrial está acompañado por movilizaciones o por bloqueos de caminos”.

En cuanto a las demandas, las más relevantes son obras de infraestructura (calles, avenidas, acueductos, escuelas) con 129 registros en el 2009, luego están las relacionadas con la energía eléctrica (84). Otra demanda que produjo extensas movilizaciones fue el aumento de salarios o relacionadas con mejores condiciones de trabajo (52), servicio de agua (35) y seguridad ciudadana (13).

Después de cuatro años consecutivos de registro de las luchas sociales, Salazar resalta que las mismas se enmarcan en las siguientes tendencias:

Localismo y predominio de lo territorial. Por las características de los actores sociales, los métodos de lucha y las demandas, los movimientos sociales del país están marcados por lo local y lo territorial. El territorio es el escenario donde se entretienen las identidades y los lazos de pertenencia y solidaridad de los sectores populares, y desde el cual surge la mayoría de las iniciativas para encarar sus problemas.

Espontaneidad, fragmentación y reacción defensiva. Sus acciones no presentan uniformidad ni sostenibilidad sino, al contrario, su dinámica es irregular, de flujos y reflujos. Expresan reacciones defensivas ante medidas del Estado, que no responden a planes preconcebidos, propios y anticipados.

Autismo social. Expresa más que nada la incapacidad de los movimientos populares para tender puentes entre sectores distintos alrededor de demandas comunes más allá de lo local. Lo popular ha mostrado una escasa capacidad para definir, desde sus intereses más concretos, alianzas y objetivos que trasciendan hacia planos más estratégicos y generales.

Desencuentro entre lo social y lo político. Tomando en cuenta esta caracterización, es fácil entender por qué en el país no se acumula poder político desde el movimiento social. Así como lo político (Estado, partidos, liderazgos) establece una relación externa, utilitaria y manipuladora con lo social, también lo social se refugia en sí mismo y rehúye ocupar el espacio de la política.

Sin embargo, Salazar considera que la lucha de Los Haitises ha introducido un elemento cualitativamente diferente en los más recientes movimientos de protesta social. “Ese proceso rompe la tendencia territorial dominante a favor de una causa

de dimensión nacional. El nivel de conciencia social de los sectores involucrados se sitúa en una dimensión mucho más profunda y abarcadora. Desde el punto de vista de los sectores involucrados, lo más destacado ha sido la participación de la juventud como motor del proceso. La iniciativa de varias organizaciones juveniles para instalar un campamento en Gonzalo, en la provincia de Monte Plata, fue el elemento que galvanizó las acciones alrededor de esta causa. El campamento se convirtió en el eje alrededor del cual se desarrollaron otras iniciativas importantes”.

Salazar piensa que el éxito de la protesta estuvo en que rebasó los sectores tradicionalmente activos y movilizó diversos actores de la sociedad. “La amplitud de este movimiento se expresó en el hecho de que en él coincidieron varias redes (jóvenes, ecologistas, abogados, artistas, comunicadores, organizaciones políticas) que, de forma complementaria, aunaron esfuerzos en sus áreas respectivas a partir de un objetivo claramente establecido, sin que se estableciera una dirección o centro formal y único de todo el proceso”.

Esa red de redes, a su juicio, le imprimió a la lucha flexibilidad, imaginación y pluralidad, una cantera de enseñanzas para futuras movilizaciones sociales.

Ambivalencia moderna

Algo distante de la visión de Salazar está la antropóloga Tahira Vargas, para quien en el siglo 21 las protestas sociales en República Dominicana continúan siendo la expresión de un país con una realidad ambivalente; con una apariencia de modernidad y de progreso en términos de infraestructura física, concentrada en Santo Domingo y Santiago, con un deterioro de los servicios básicos y un Estado débil desde un punto de vista institucional, con prácticas de corrupción y poca transparencia, y con escasa respuesta a las necesidades fundamentales de la población, a pesar de que ha aumentado considerablemente la producción de riquezas.

“Tenemos un país –aduce– con fuertes deficiencias de energía eléctrica, de agua potable, de escuelas, de educación, de hospitales, donde predominan las epidemias derivadas de la carencia de saneamiento y de prevención, y acosado por una fuerte inseguridad ciudadana”.

Ante ese contexto Vargas piensa que las protestas se han convertido en el único mecanismo que tiene la ciudadanía para demandar a los gobiernos que inviertan en los servicios básicos.

La antropóloga aclara que las protestas de la actualidad, aunque contienen las mismas demandas de siempre, son diferentes a las de décadas anteriores. Entre las distinciones señala la participación protagónica de las nuevas generaciones. “Los grupos más jóvenes –asegura– asumen roles cada vez más importantes en la movilización social”.

Para la investigadora las protestas sociales de los últimos tiempos han integrado métodos y estrategias que se valen de símbolos culturales combinados con el uso del ciberespacio y de las redes sociales.

Describe como novedad las protestas ocurridas en lo que va del año, como son concursos, huelgas de hambre, procesiones hacia la capital, caravanas, entierros de funcionarios incompetentes, plantones frente a locales de partidos políticos y de oficinas públicas, todas con elementos lúdicos como la música, la danza y el teatro.

También identifica una mayor integración de grupos religiosos y una presencia relevante de la temática de género, a su juicio asumida en todas las organizaciones sociales a partir del repudio que generó la criminalización del aborto en la nueva Constitución promulgada a principios de 2010.

Según Vargas expresiones de protestas de singular importancia este año han sido un *performance* etiquetado “Besatón 2010”, donde se promovía el beso libre y la caricia pública, y la celebración de una concurrida marcha con motivo del día del orgullo gay. Este tipo de manifestaciones han sido sistemáticamente prohibidas y reprimidas por las autoridades y severamente criticadas por la cúpula católica y por los medios convencionales de información. La intelectual entiende que los grupos gay, lésbicos y transexuales están, junto con los inmigrantes haitianos, entre los más discriminados del país, donde pesa una cierta cultura signada por la homofobia y el racismo.

“Las marchas y protestas contra la penalización del aborto y a favor de los derechos de las personas con opciones sexuales diversas son recientes y muestran una mayor decisión de ocupar el espacio público de parte de estos nuevos movimientos sociales”, expresa, y al hacerlo subraya que ambas actividades mostraron que, hasta cierto punto, se ha roto “el miedo” a la reivindicación de derechos sexuales.

Asimismo, el despertar de segmentos jóvenes y el surgimiento de agrupaciones juveniles de la clase media, con su rol protagónico en la lucha por Los Haitises y en contra el retroceso que significó la aprobación de la nueva carta magna, son, desde la mirilla de Vargas, muestras de que la sociedad dominicana se encuentra en presencia de otros actores sociales que están liderando los movimientos actuales de protestas.

“En la década de los 80 y 90 –refiere– las centrales sindicales y los gremios profesionales ocupaban todos los espacios de convocatoria y de coordinación de las luchas sociales, en los últimos procesos de protestas esas organizaciones están ausentes (exceptuando el gremio médico) y han disminuido sus reclamos reivindicativos”.

Democracia represiva

Aunque en República Dominicana existe una democracia formal refinada con una nueva Constitución aprobada por el ala más conservadora de los tres partidos que

controlan el sistema político desde hace 44 años, la represión y la criminalización de las protestas sociales ha sido una constante en su dilatada transición. En los años 60 y 70 fueron asesinados centenares de jóvenes, líderes sociales y dirigentes políticos de izquierda sobre la base de la ideología anticomunista. En los 80 y 90 se vieron aplastadas brutalmente decenas de revueltas populares, y en lo que va de siglo la represión y la violencia estatal se ha volcado hacia la juventud, esta vez tomando como pretexto “la lucha contra la criminalidad y la delincuencia”.

Durante todas esas décadas la sociedad ha demandado cuerpos de seguridad ciudadana apegados al respeto de los derechos humanos, sin embargo los organismos de seguridad del Estado, atendiendo a las constantes denuncias de crímenes extrajudiciales, redadas indiscriminadas, extorsiones y abusos de poder, dan cuenta de un Estado de excepción donde las instituciones armadas muchas veces actúan fuera de la ley con el beneplácito de las cúpulas gobernante, empresarial y católica.

De acuerdo con la dirigente juvenil Elizabeth Mateo, las autoridades actúan con miedo e incompreensión frente a las protestas sociales. “Solo hay que ver –expresa– que en una marcha de jóvenes contra los abusos policiales realizada recientemente hubo golpes y patadas. Creo que los funcionarios del gobierno hablan de democracia pero no comprenden qué significa porque al gobernar lo que aplican son normas autoritarias”.

La presidenta del movimiento Toy Jarto explica que el rol de los gobernantes es garantizar las expresiones de protestas de la sociedad, dentro de un marco de respeto, pero jamás obstaculizarlas ni reprimirlas como muchas veces sucede.

Agrega que poner trabas y reprimir el desarrollo normal del ejercicio ciudadano es atentar contra los principios básicos de la democracia, es atrasar el régimen político, es promover la indiferencia y la apatía frente a la problemática social.

“Tenemos una generación joven que perdió el miedo, hubo un periodo de nuestra historia donde mataron centenares de dirigentes sociales y políticos y nos quedamos sin líderes. Ahora están surgiendo nuevas figuras jóvenes que tienen los mismos ideales o ideas más adaptadas al tiempo actual, personas que son revolucionarias, idealistas y visionarias que están en lucha permanente por el cambio social”.

Elizabeth piensa que las nuevas generaciones de jóvenes son incomprendidas, “como lo fueron los revolucionarios en su tiempo, igual trabajo hacemos ahora, de manera cívica, y como quiera nos condenan y nos reprimen”.

Al respecto Tahira Vargas establece que las protestas sociales de la última década están siendo más reprimidas que las realizadas en los años 90. “Este elemento se presenta a partir de 2004 con la segunda gestión de Leonel Fernández, presidente de la República, quien ha asumido una actitud más represiva y autoritaria frente a las protestas que en su primera gestión 1996-2000”, indica.

Para avalar su afirmación la antropóloga señala el impedir que las manifestaciones sociales se acerquen al Palacio Nacional, a la Fundación Global (Ong del Presidente)

y al Palacio de la Policía. Cuenta que ninguna marcha desde 2004 ha podido llegar a las puertas del Palacio Nacional, lo que –recuerda– no ocurría anteriormente.

Otras formas de represión que según Vargas ha presenciado la sociedad en lo que va de año han sido el bloqueo y encerramiento de decenas de jóvenes en el Teatro Nacional cuando intentaron protestar frente al Palacio de la Policía, el envío de militares (cuerpos Swat) para disuadir paros, marchas y mítines, la infiltración de agentes del ejército en protestas y paralizaciones, y allanamientos de viviendas de dirigentes comunitarios y encarcelamiento días anteriores de la realización de las protestas.

Democracia, protestas y potencia social

El politólogo Pedro Catrain, quien ha dedicado buena parte de su vida académica y profesional a estudiar el devenir de la democracia dominicana, plantea que en la actualidad el sistema ha entrado en una nueva fase de su crisis de representación, que se expresa principalmente en la incapacidad de los partidos tradicionales de conformar una institucionalidad y un crecimiento económico que responda a las aspiraciones de las grandes mayorías.

A esto añade que la democracia del país se ve malograda por la distorsión de la opinión pública debido a que una gran parte de los medios de información y de periodistas son financiados desde el gobierno, lo que entiende como una política de control mediático que impide la libre expresión y la deliberación.

“Hemos devenido –manifiesta– en una sociedad excluyente y con grandes desigualdades, que se reproduce a través de equilibrios precarios e inestables y que funciona reciclando soluciones cada vez menos creíbles y repartos entre diferentes grupos políticos y económicos, la cúpula de la iglesia católica y un sistema de clientelas que inmoviliza políticamente amplios sectores populares”.

Para el pensador, una buena parte de los sectores populares se constituye teniendo como horizonte una *política de la impotencia*, lo que conlleva a que, a pesar del desgaste del bipartidismo dominante, el desencanto de las grandes masas se mantenga entre el escepticismo y las redes del clientelismo, que han penetrado no sólo los sectores populares, sino también la clase media y los círculos intelectuales.

Según Catrain, la ausencia de alternativas conduce a las grandes mayorías a la reproducción inmediata de su vida económica que se traduce en desmovilización política, en miedo difuso y refugio en los intereses individuales; produciendo una carencia de perspectiva sobre el futuro.

No obstante –replica– la sociedad dominicana en sus sectores más activos sigue aspirando a la democracia, a un gobierno eficiente y eficaz, a niveles de desarrollo en la salud, la educación, la seguridad ciudadana, la igualdad de oportunidades y la prosperidad.

De acuerdo con el cientista la agenda actual está marcada por el rechazo a todo tipo de discriminación étnica, social, sexual, religiosa, lo que considera ha dado lugar a un relevante ciclo de luchas cuya *potencia social* reside en la existencia de actores múltiples, conformados por muchos movimientos que articulan lo local con lo global, sobre la base de causas comunes sin pretender un proyecto colectivo *totalizador*.

A su juicio ese proceso se expresó concretamente con las luchas sociales de 2009, movimiento rico en participación. “Huelgas, plantones, peregrinajes, caminatas, protestas barriales y regionales tuvieron en común una tendencia a que las decisiones colectivas se tomaran desde abajo, lo que se expresó con más nitidez en la lucha contra el retroceso constitucional (los derechos de las mujeres, el respeto al medio ambiente, los derechos sexuales y generacionales) y las demandas territoriales de carreteras, energía eléctrica, agua potable, educación, salud, seguridad ciudadana, entre otras.

Ese *movimiento de movimientos*, estima el politólogo, constituyó una específica modalidad de realización de la democracia como potenciación del espacio público, convirtiendo la calle en escenario de la sobrevivencia y de las luchas sociales como creación común de una significativa mayoría social.

“Se trata de un proyecto social que emerge y se articula por fuera de lo ‘político’, desde lo espontáneo, desde el terreno de la vida, desde la calle y la lucha permanente por la subsistencia”, expresa, y relata que el desarrollo de la *potencia social* obligó al bipartidismo dominante a un pacto por la reforma constitucional en un momento en que los movimientos de protestas crecían por todo el país.

Sin embargo, el catedrático reflexiona que desde los movimientos sociales no ha sido posible hasta el momento articular una alternativa política que contribuya a combinar la democracia representativa con la directa. Como obstáculos de esa posibilidad identifica que una parte importante de los actores sociales permanece anclada en propuestas discursivas marginales que reiteran proyectos colectivistas con una sobredosis ideológica que los aleja de los contextos de la política contemporánea.

En la perspectiva de Pedro Catrain, las transformaciones democráticas en República Dominicana pasan por la conversión de la potencia social en alternativa política capaz de competir con los partidos tradicionales por la conducción de las políticas públicas. Esa alternativa política, refiere, deberá empujar nuevas visiones y prácticas de la democracia utilizando las herramientas políticas del siglo XXI.

Entre tanto, Tania Hernández prosigue, junto a cientos de jóvenes de su generación, el camino de las protestas sociales de nuevo tipo como vía de escape de una realidad que le brinda pocas satisfacciones. Con un fondo irónico su lenguaje remite a ese otro mundo soñado, según ella, por aquellos jóvenes que, como su padre en décadas anteriores, ofrendaron su sangre en procura de una sociedad más justa y más libre.

Una playa autoconvocada en facebook¹

Bajo un sol radiante los muchachos y las muchachas comenzaron a ocupar la explanada frontal del Congreso. Rostros de todos los colores se movían entre la gente de un lado a otro sin reparar en el cordón policial puesto para la ocasión.

Efervescentes cuerpos semidesnudos mostraban ante las cámaras su ingenio, su rebeldía, su energía libidinosa para cuestionar las artimañas de unos legisladores que con sus desmanes han erizado la piel de amplias franjas de la sociedad.

Jóvenes de creencias diversas, envenenados de libertad, lanzaban a todo pulmón los más altisonantes improperios contra Leonel y Miguel, jefes de los “oportunistas, sinvergüenzas y charlatanes” –decía una de las pancartas– que ocupan los asientos de las cámaras.

A las 4:45 de la tarde la explanada cedía su espacio a la enorme multitud que se aglomeraba con atuendos playeros, salvavidas, juegos, comidas, bebidas refrescantes... y una mezcla de arrebato, alegría y rebeldía untada y embarrada de himnos y banderas.

La protesta subía de tono en la medida que los rayos del sol se marchaban precipitados por los techos del edificio de la Liga Municipal, donde la amabilidad a lo mejor calculaba su nueva estrategia para mantenerse medrando a las orillas del poder, ese que ahora las muchachas y muchachos desafiaban con su imaginación.

De pronto llegó la lluvia para también expresar su indignación por la usurpación de derechos conquistados, para bendecir a una juventud playera y soñadora acompañada por profesionales, artistas, comunicadores, izquierdistas, ambientalistas, feministas decididos y decididas a articularse en un movimiento de movimientos para poner en tela de juicio un sistema de partidos con cada vez menos legitimidad.

“A mí no me importa que la aprueben, lo importante es que nos expresemos, que nos rebelemos contra esta inmundicia”, dijo Omar con su código libre y su cuerpo desnudo empapado de pintura. “Se trata de una Constitución ilegítima y por eso estamos aquí”, retumbaba María del Mar. “Esto es una farsa, un mamotreto ilegal”, acotaba Paloma.

Cerca de las 6:00 de la tarde el ambiente se tornaba sudoroso y mojado, la gente seguía llegando y Minú salía de los salones del Congreso para hablarles a las cámaras. “Es una protesta que nos llama a la reflexión, expresión de una ciudadanía que nos interpela”, inquirió la Mirabal, mientras la multitud exclamaba: “Mírenlos ahí... los corruptos del país”.

La protesta continuaba encendida, las consignas más rabiosas eran, aquello parecía un mar que se abría en olas humanas deseosas de acoger entre sus aguas la ilusión de un país diferente, donde se respeten los derechos colectivos, donde se acabe la corrupción, el hambre, la insalubridad y el analfabetismo.

Pasadas las siete de la noche la juventud seguía ahí, en alta, en pila pese al cansado afán policial por poner fin a la inaudita manifestación autoconvocada por facebook. Jóvenes en movimiento. En libertad. Nadie quería irse. Aunque lo hicieron para volver. Concluyeron por el momento su exitosa jornada de lucha sin mirar atrás, sin atender siglas, credos, ni dirigentes. Sin amargarse por el pedazo de papel –esta vez cagado– que evacuará el próximo 6 de noviembre el sacrosanto Congreso Nacional.

República Dominicana, 16 de octubre de 2010

¹ Crónica escrita por Alfonso Torres acerca de una manifestación juvenil frente al edificio del Congreso realizada en octubre de 2009 contra la reforma constitucional aprobada por los legisladores con artículos que conculcan derechos ciudadanos, limitan el acceso libre a las playas y la criminalizan el aborto.